

siete á ocho mil hombres, mandada por un joven y brioso caudillo, García Conde, que se había distinguido en el sitio de Gerona. No carecía de víveres ni de municiones ni aun para un largo asedio.

El hábil oficial de ingenieros Haxo resolvió comenzar el ataque de la ciudad por el Nordeste, es decir, entre el río y el castillo, y por su parte menos poblada, de manera de poner el valor de los habitantes á muy ruda prueba. Cierta es que así se arrostraban todos los fuegos del castillo, pero la naturaleza del terreno hacía fácil el trabajo de las trincheras, y acercándose allí rápidamente habría menos que temer por ser aquellos fuegos muy de arriba abajo. Además, atacando por aquella parte se contaba con la ventaja de no tener detrás el fuerte de Garden, como situado al lado opuesto de la roca.

Mientras se disponían á abrir trinchera, una carta interceptada enteró á Suchet de que el general español O'Donnell llegaba con las tropas de Cataluña y de Aragón para hacer levantar el sitio. No se apresuró Suchet á salirle al encuentro por no querer alejarse de Lérida ni muy pronto ni á larga distancia; mas tenía puentes sobre el Segre, y en pocas horas podía cruzarlo y conducir delante del enemigo la masa de sus fuerzas, dejando á vista de la plaza una retaguardia bastante para contener á la guarnición.

Súpose con efecto el 22 de abril que el general O'Donnell se aproximaba hasta el punto de no distar ya más que una marcha. De Cataluña venía y por la izquierda del río Segre, al par que lo mismo que la ciudad se hallaban á la derecha los sitiadores. Sus providencias tomó Suchet de modo de hacer cara al enemigo de fuera y al de dentro. En el puente de la ciudad sobre el Segre, por el cual se hubiera podido comunicar la guarnición con el ejército de socorro, se quedó el general Harispe, debiendo contener á la guarnición y al cuerpo de O'Donnell. Situado un poco más de Alcoletge, junto al Segre, el general Musnier estaba en proporción de pasar el río sin demora y de atacar al enemigo por el flanco, presentándose delante del puente guardado por el general Harispe.

Al despuntar la aurora del 23 de abril asomó el general O'Donnell á la extremidad de la llanura de Margalef, que se extiende á la izquierda del Segre, y entró en acción al instante. Le precedía una vanguardia de infantería y de caballería ligera, y marchaba en dos columnas, fuertes ambas de nueve á diez mil hombres, una á la derecha y otra á la izquierda del camino, y eran las mejores tropas de Aragón y de Cataluña. Apenas despertó al general Harispe el fuego de las avanzadas, montó á caballo con el 4.º regimiento de húsares é hizo que le siguieran dos compañías de cazadores de los regimientos 115 y 117 de línea, no vacilando ante la vanguardia enemiga, cargóla á toda rienda y la arrolló á lo lejos de la llanura. Esta primera ventaja le daba tiempo de volver sobre la ciudad para contener á la guarnición, que toda junta empezaba á desembocar por el puente del Segre y en medio de los gritos de júbilo de los habitantes. El general Harispe con el regimiento 117 de línea y su bravo jefe el coronel Robert, atacó á esta guarnición á la bayoneta y la rechazó sobre el puente, forzándola á meterse de nuevo en la plaza.

Estas dos rápidas acciones dieron tiempo á la división

de Musnier para pasar el río por Alcoletge, más arriba de Lérida, según se ha dicho, y para trasladarse al campo de batalla. En vez de bajar á lo largo del Segre para juntarse al general Harispe y dar frente en unión suya al camino real por donde avanzaba el enemigo, cayó Musnier diagonalmente y por la línea más corta sobre el flanco de las dos divisiones españolas en la llanura de Margalef. Delante de su infantería iba el regimiento 13 de coraceros, único de caballería de esta clase que servía á la sazón en España, fuerte de mil ochocientos caballos y mandados por un oficial excelente, el coronel de Aigremont. Apenas llegados á alcance del enemigo se alinearon los coraceros en batalla, teniendo cañones en las alas y amenazando el flanco de los españoles. Después de un fuego bastante vivo de artillería, avanzó la caballería enemiga para cubrir su infantería, y los coraceros la cargaron y arrollaron al galope. Entonces los guardias valones formaron el cuadro para proteger á su vez á la caballería; pero continuando los coraceros la carga, rompiéronlo seguidamente y deshicieron á cuantos quisieron imitar el ejemplo de los valones. Poco después obligaron á más de seis mil hombres á rendir las armas, y dispersáronse los demás á todo correr por los caminos de Cataluña. Se les cogió gran cantidad de cañones, de banderas y de bagajes.

Tras de esta brillante victoria no había ya que temer que fuera perturbado el asedio. Queriendo averiguar Suchet si este combate, que debía privar á la plaza de todo socorro, había desalentado á sus defensores, desplegó sus prisioneros en la llanura, ofreciendo al gobernador que enviara un oficial para contarlos é intimándole de paso que se rindiera. Briosamente le respondió el gobernador que jamás la guarnición para defenderse había contado con extraño socorro, y menester fué por tanto emprender el sitio.

Abrióse el 29 de abril la trinchera. Difíciles fueron los trabajos, no á causa de la dureza del terreno, sino de las aguas del Segre que se esparcían por los alrededores, de la primavera muy lluviosa y de la artillería del castillo, que molestaba mucho. Se practicaron presas en ciertos canales para alejar las aguas de nuestras trincheras, y se evitaron cuanto fué posible los fuegos del castillo. Mientras se perseguía el avance, juzgando el coronel Haxo que sería muy ventajoso tomar el fuerte de Garden, que era la verdadera llave del castillo, hizo que los dos reductos de San Fernando y el del Pilar fueran atacados. Se venció en uno y se fracasó en otro y hubo necesidad de renunciar á los dos por entonces.

Durante este tiempo se continuaron los trabajos de aproche, dirigiéndose sobre dos bastiones, los del Carmen y la Magdalena, y se rechazó una fuerte salida de la guarnición. Hallándose el 6 y el 7 de mayo construídas y armadas todas las baterías, una para derruir los parapetos y hacer callar la artillería de la plaza, otra para disparar fuegos curvos sobre el castillo, se comenzó el cañoneo. Nuestra artillería lo sostuvo al principio con gran viveza, pero tuvo que sufrir mucho de la del castillo, que la desmontó varias piezas y la obligó á suspender el fuego para disponer nuevas baterías y modificar la dirección de las antiguas. Una se estableció á la izquierda del Segre, para batir el puente y disparar de rebote contra los bastiones atacados. En estas nuevas

obras se gastó desde el 6 hasta el 12 de mayo, día en que se volvió á romper el fuego con buen fruto, apagándose el de la plaza, y haciendo menos peligroso el del castillo por la circunstancia de estar ya más cerca. Al cabo se pudo batir el muro y abrir una ancha brecha de modo que fuese practicable el asalto.

Hasta aquí la idea del general Suchet y del coronel Haxo había sido caer á la vez sobre la ciudad y el castillo, dirigiendo el ataque de suerte que se amontonara en el castillo la población toda, y sólo algunos días tuviera con que alimentarse. Para asegurar este efecto había que poseer el fuerte de Garden ó al menos las obras exteriores en las cuales pudiera la población hallar asilo.

En la tarde del 12 de mayo hizo el general Suchet atacar los reductos del Pilar y de San Fernando, así como el hornabeque que los unía al fuerte de Garden, por tres columnas escogidas, á cuya cabeza iban los generales Vergés y Buget y el oficial de ingenieros Plagniol. Tomado fué el reducto del Pilar y también el hornabeque, parte por escalada, parte por un ataque directo á una de las entradas, cuya barrera fué abierta por el sargento Maury á hachazos. Igualmente se tomó el reducto de San Fernando por escalada. Perdimos en estas diversas acciones como cien soldados, y no bajaron de trescientos ó cuatrocientos los que murieron del enemigo. Aunque el fuerte de Garden no quedara por nuestro se había logrado por completo el designio, pues á la población de la ciudad no podían servir de refugio los terrenos comarcanos.

Alcanzada del todo esta precaución bien entendida, el general en jefe y el coronel Haxo quisieron asaltar el 13 de mayo la plaza. Enteramente practicable eran las brechas en los bastiones del Carmen y la Magdalena, y no había más que tomarlas. Dos columnas estaban destinadas para subir á la par al asalto; una por la izquierda y á lo largo del río debía atacar el bastión del Carmen, mientras, forzando el general Harispe el puente del Segre, intentaba coger de revés á los defensores de este bastión: otra á la derecha debía asaltar el bastión de la Magdalena, mientras una compañía de minadores iba á derribar á hachazos una puerta cerca de aquel punto, para que por allí entraran las tropas. A la cabeza de las reservas se debían de mantener el general en jefe y el coronel Haxo en las trincheras, para acudir adonde la necesidad lo exigiese. Por hallarse de servicio aquel día en las trincheras, el general Haubert y el coronel Rouelle eran los que mandaban las columnas destinadas á practicar el asalto.

A la caída de la tarde y previa la señal de cuatro bombas, se lanzaron las dos columnas de las trincheras á las brechas y treparon á lo alto de ellas á pesar de un espantoso fuego de frente y de flanco. Cuando llegaron al baluarte se desordenaron un momento; pero el general Haubert las volvió á llevar adelante espada en mano, y penetrado en la ciudad que hallaron barreada detrás de los bastiones, que acababan de ser tomados. Destinados estaban á proveer á esta dificultad los accesorios. Después de un combate cuerpo á cuerpo, el teniente de minadores Romphleur hizo abrir la puerta situada cerca del bastión de la Magdalena é introdujo por allí las columnas que aguardaban fuera. Estas columnas avanzaron por la calle Mayor, también barrea-

da; el capitán de ingenieros Vallentin, con el sargento de zapadores Baptiste, saltó por entre un fuego de los más vivos á la principal barricada y la echó abajo, y así se hizo que cayeran uno tras otro los obstáculos interpuestos detrás del bastión de la Magdalena. Igual fué el éxito á la par del bastión del Carmen: tomando el general Harispe el puente del Segre, ya penetraron en la ciudad todas nuestras columnas, lanzando remolinadas á la población y la guarnición hacia las rampas del castillo. Muy pronto esta población espantosa se precipitó detrás de la guarnición á la misma fortaleza y buscó refugio dentro de sus fosos. Toda la noche el general Suchet, abrumó con metralla, bombas y granadas aquel estrecho recinto atestado de hombres, mujeres y niños que lanzaban alaridos horribos, escena terrible é inevitable, porque el éxito del asedio dependía de la desesperación á que se redujera á aquellos infelices amontonados en el castillo.

Por mucha que fuera en efecto la decisión de la guarnición y de su jefe, no había posibilidad de dar á aquella población abrigo ni alimento y menos dejarla morir indiferentemente al estallido de las bombas y las granadas. Al mediodía del 14 de mayo García Conde enarboló bandera blanca y rindió la guarnición prisionera de guerra, después de oponer á los franceses cuanta resistencia fué posible.

Este excelente asedio, que nos costó un mes de embestida, quince días de trinchera abierta y setecientos hombres muertos ó heridos, nos proporcionó además de la plaza más importante de Aragón, siete mil prisioneros, ciento treinta y tres bocas de fuego, un millón de cartuchos, gran cantidad de pólvora y de fusiles y almacenes muy bien provistos, habiendo ascendido á mil doscientos hombres la pérdida de los contrarios. Tal conquista produjo viva sensación en aquella parte de España, y disminuyó mucho la confianza que los habitantes habían adquirido en sus murallas á vista de la resistencia de Gerona.

Descontento muy pronto Napoleón con el mariscal Augereau, le acababa de dar por sucesor al mariscal Macdonald, que era de gran peso en un campo de batalla, bien que poco idóneo para una guerra de ardides, la cual requería juventud, presteza y fecundidad de recursos. Queriendo Napoleón dejar á cargo de Suchet esta guerra de sitios, en que parecía excelente, le agregó la mitad del ejército de Cataluña con la mitad del territorio de esta provincia larga y estrecha, y para cuando llevara á remate la toma de las plazas de Aragón, le fió la difícil tarea de conquistar asimismo las de Cataluña, especialmente Tarragona y Tortosa, situadas una á orillas del mar y otra en las bocas del Ebro. Su acción debía reconcentrar el mariscal Macdonald entre Barcelona, Hostalrich, Gerona y la frontera, sin perjuicio de acudir adonde pudiera cooperar á los grandes asedios que Suchet tenía á cargo.

Mientras en Aragón se verificaban estos sucesos, Napoleón había obligado por fin al general Massena á trasladarse desde París á Salamanca. Ya hemos dado á conocer los motivos que, imposibilitándole colocarse personalmente á la cabeza de sus ejércitos de España, le decidieron á conferir el mando principal á Massena. Dos veces probado el mariscal Soult contra los ingleses, en la Coruña una y en Portugal otra, no acreditó vigor

bastante para inducir á que se les opusiera de nuevo. Por el contrario, el mariscal Ney estaba dotado de la energía necesaria para luchar contra tales enemigos, pero nunca había mandado en jefe, y ante un capitán de la perspicacia de lord Wellington se necesitaba un general consumado, que juntara á una gran energía de carácter aquel hábito de mando que dilata el espíritu y templó el alma á todas las ansiedades de una responsabilidad superior; y nadie en el imperio estaba más cortado para papel de esta importancia que el mariscal Massena, con su talento natural y pronto, su golpe de vista bien ejercitado y su alma de hierro. Este mariscal famoso, con Ney y Junot por lugartenientes, debía superar todas las dificultades, si Ney quería consentir en ser el segundo y si Junot olvidaba que en Portugal había ya mandado en jefe. Por desgracia Massena, experimentado en veinte años de campañas, se resentía ya de sus largas fatigas. Dotado de un juicio político igual á sus talentos militares, no necesitaba de la sangrienta y gloriosa lección de Essling para concebir que bajo el reinado actual se traspasaban los límites de la prudencia en todo y se caminaba á una catástrofe á pasos de gigante. Habiendo hecho toda clase de guerras en Calabria, Italia, Alemania y Polonia, nada bueno auguraba de la que tan pertinazmente se sostenía en España, y de ningún modo sentía deseo de ir á comprometer su alto renombre sobre un teatro, donde parecía que se juntaban á la vez todas las dificultades suscitadas por Napoleón contra su fortuna. Así á encargarse de la campaña de Portugal manifestó gran repugnancia, y estrechado por Napoleón á dar las razones que le servían de fundamento, sobre las de las dificultades de la operación y la insuficiencia de recursos, que sospechaba sin conocerla, alegó las de su salud ya harto quebrantada, de su fuerza moral debilitada con su salud acaso, y de mandar á lugartenientes que se consideraban sus iguales y no acostumbrados á obedecer más que á Napoleón mismo. Cundiendo en París el susurro de las disensiones entre el mariscal Ney y el mariscal Soult, desalentábale más esta circunstancia para aceptar el mando que se le ofrecía. Napoleón con aquella familiaridad seductora y dominante, de que sabía usar respecto de sus antiguos compañeros de armas, acarició al veterano, recordóle su gloria, su proverbial brío; le dijo lo que siempre gusta oír repetir aunque no se crea, que nunca se había mostrado más joven y vigoroso que en la última campaña; que en el ejército sonaba su nombre de boca en boca; que ninguno de sus lugartenientes tendría tan poco talento que se considerara igual suyo; que si con otros que él habían escatimado la obediencia, ninguno de ellos se atrevería á negarla á su superioridad, á sus años, á la confianza imperial con que estaría manifestamente investido; que si eran mariscales y duques, él era príncipe y era Massena; que á mayor abundamiento se proveería á todo y se avasallaban las malas voluntades, reduciéndolas á la nada; que respecto de su salud, el clima de Portugal era el más benéfico que podía hallar para reponerla; que descanso ya había gozado y gozaría más aún, pues había que emplear tres ó cuatro meses en asedios antes de comenzar las operaciones ofensivas; que medios se le proporcionarían en abundancia y no tendría menos de ochenta mil hombres á sus órdenes y con un material inmenso;

que así había más de lo que se necesitaba contra treinta mil ingleses, aun cuando les ayudaran el clima y la *insurrección* portuguesa; que todo se limitaba á una buena embestida, y que, fiándole esta operación, le reservaba la última gloria que había por conquistar acaso, pues la paz se seguiría probablemente, y el nombre de Massena, uno de los primeros que se habían pronunciado al empezar las guerras del siglo, sería aún el postrero que resonara en los oídos de la generación presente; que figuraría á la vez como el más glorioso y popular soldado de Francia, yendo á conquistar esta paz marítima, única deseada por ser la sola aún no obtenida. Todas estas reflexiones acompañadas de mil propósitos familiares y halagüeños, sin persuadirle, arastraron al viejo Massena, que además nombrado príncipe de Essling pocos meses antes, colmado de honores y de riquezas, nada podía negar al más dadivoso de los soberanos. Sometióse, pues, con la tristeza de un talento penetrante, que por gratitud y obediencia podía rendirse, pero nunca hacerse ilusiones.

Habiendo admitido Massena el mando del ejército de Portugal de buen ó mal grado, encaminóse á Salamanca, donde su llegada infundió espanto á los *insurgentes*, confianza á los soldados y algún disgusto á Ney y á Junot, sus dos principales lugartenientes. Junot había sido en Portugal general en jefe, casi monarca, y volver allí de lugarteniente costaba no poco á su orgullo. Ney, que había servido á pesar suyo bajo las órdenes del mariscal Soult, á quien se consideraba superior, servía con menos despecho á las órdenes de Massena, reputado como el primer hombre del ejército francés; pero había esperado la honra de ser personalmente opuesto en primera línea á los ingleses, y experimentaba un penoso chasco viéndose llamado á mandar en calidad de segundo. Sin embargo, no manifestó todo el desagrado que sentía, ya por respeto á un gran nombre, ya también por temor á las severidades de Napoleón, que estuvo á pique de sufrir el año antecedente. Pero los sentimientos disimulados no tardan en revelarse, y sobre todo en las almas fogosas vehementemente excitadas por los terribles sacudimientos de la guerra. Ney y Junot debían suministrar la prueba muy pronto.

Para colmo de desdicha, Massena poseía el vigor, mas no la dignidad del mando. Sencillo, sin exterior que impusiera, no procurando jamás hacer gala de su talento á pesar de ser muy notable, negligente hasta cuando desplegaba toda la actividad de la juventud, ya muy hastiado de la guerra, sacrificando mucho á sus placeres, no tenía aquella elevación de actitud, natural ó estudiada, que impone á los hombres, que constituye uno de los talentos de mando, que el mismo Napoleón descuidaba á veces, bien que la suplía con la magia de su genio prodigioso, de su gloria deslumbrante y de su sin par fortuna. Llegando Massena á su cuartel general con muy poco aparato, acogiendo á sus lugartenientes, ya descontentos, con una sencillez amistosa, pero poco expresiva, llevando un séquito nada selecto y especialmente una cortesana, quejándose indiscretamente de su fatiga, no cautivó el afecto ni la veneración de los que debían ser en su ayuda. *Massena ha envejecido*, fué la frase que seguidamente se oyó repetir alrededor del mariscal Ney en Salamanca y alrededor del general

Junot en Zamora. Ya fuera que efectivamente Ney y Junot creyesen envejecido á Massena, ya que sus lisonjeros (pues en los estados mayores no abundan menos que en las cortes) adivinasen que el decirlo así era una manera de agradecerles, esta frase desatenta se oyó muy luego casi en todas las bocas. Además Ney y Junot, á causa de su importancia personal, presumieron de no ser lugartenientes ordinarios y de no estar reducidos á la común obediencia. De prestarles asenso, Massena se debía limitar á dirigir el conjunto de las operaciones, dejando á cada uno de ellos en su cuerpo el papel de general en jefe. Massena no podía ignorar tales discursos y pretensiones, pues si hay aduladores que inventan frases, hallos también que dan noticia de ellas. «¡Me hallan envejecido!, exclamó con enojo; yo les haré ver que mi voluntad no ha envejecido por lo menos, y que sé hacerme obedecer de los que están bajo mi mando.» Esto era comenzar una campaña difícil bajo malos auspicios, y era una conducta punible por parte de los lugartenientes de Massena, y sobre todo por parte del general Junot, que no tenía el grado ni el mérito del mariscal Ney, cuyo orgullo por consiguiente merecía menos excusa, y que habiéndose hallado, joven aún, á las órdenes del mariscal Massena, debía estar acostumbrado á obedecerle. Otro lugarteniente, el general Reynier, cuyo cuerpo había de juntarse al ejército de Portugal, se portó mejor, á lo menos en el principio. Educado en el ejército del Rin, habituado á la disciplina, poco mimado por la fortuna, acogió la llegada de su general en jefe con el respeto de un oficial modesto y grave, y lo acreditó con una correspondencia llena de exactitud y de deferencia (1).

Estas dificultades de personas no eran las menores ni las más graves entre las que iba á encontrar Massena. A la verdad Napoleón había preparado muchos cuerpos, que juntos presentarían una fuerza imponente, pero no estaban organizados todavía en ejército. No había estado mayor general, ni intendencia militar, ni hospitales, ni medios de transporte, ni parque general de artillería, ni sobre todo artillería de sitio. Para adquirir el material necesario hubiera sido menester dinero contante, porque, si echando mano implacablemente sobre el terreno á la hacienda de los habitantes se hallan trigo, vino, ganado, no así cañones, morteros, cureñas, útiles, cajones; pero Napoleón, como se ha visto, no quería ya enviar más fondos á España, á fin de hacer

(1) A menudo, cuando se quiere entrar en tales particularidades, hay el riesgo de no dar más que pormenores imaginarios. Por fortuna, aquí se pueden puntualizar con exactitud las escenas pasadas entre el general en jefe y sus lugartenientes, pues, además de muchas correspondencias de oficiales, existe la del intendente general de policía de Portugal, de quien ya he hablado, el cual era un hombre agudo, benévolo, extraño á todos los partidos que dividían al ejército, interesadísimo en el éxito de la expedición, mirando sólo á los que la comprometieron de mal ojo, dedicando infinito esmero en decir la verdad á Napoleón, en cuyas manos ponía directamente su correspondencia el duque de Rovigo. Esta correspondencia, muy detallada, pinta todas las fases de la campaña con una verdad sorprendente y una sinceridad que seduce á la primera lectura. Merced á esta correspondencia he podido reproducir ciertas particularidades preciosas, sin dar á la historia colores de capricho, como se corre riesgo de emplearlos cuando se quiere hacer obrar ó hablar con demasiados pormenores á personajes que ya no existen y que llevaron al sepulcro el recuerdo de lo que se hizo ó se dijo en su presencia. (N. del A.)

que se los proporcionaran sus generales. Fatigado además de esta guerra que consumía secretamente las fuerzas de su imperio y empezaba á aburrirle, no la dedicaba atención bastante. Hacía leer al mayor general Berthier la correspondencia, contestaba por conducto de este confidente laborioso, y su voluntad que, expresada con su boca sobre el mismo terreno, con la vehemencia que nace de la vista de las cosas, apenas hubiera bastado á superar las dificultades peculiares de España, su voluntad formada por análisis de correspondencia, transmitida por intermediarios, no era más que un son repercutido y debilitado por lejanos ecos. Así no se ejecutaba sino raras veces y en mínima parte.

Al llegar Massena á Salamanca halló por dondequiera el triste efecto de semejante estado de cosas. Sin duda se habían recibido algunas porciones de material enviadas de Francia después de la paz con Austria, algunas mulas, algunos caballos, algunos cajones; pero cada cuerpo se apoderaba de lo que podía coger al paso, y gastábalo en sus cotidianas necesidades antes de la entrada en campaña. Fuera de esto, aún más horroroso que en Aragón había sido el tiempo en las Castillas, y tanto que de Salamanca á Ciudad Rodrigo un tiro de doce caballos apenas podía hacer andar á una pieza de á veinticuatro cada día dos leguas. Júntese á todo la presencia de las guerrillas, más numerosas y más audaces que nunca, interceptando los convoyes, si no iban escoltados por fuerzas considerables, y aún se distará mucho de formar idea cabal de los obstáculos que había de superar Massena. También la urgencia de las necesidades del ejército había engendrado abusos que no reprimían los jefes por complicidad ó por fatiga. Soldados y algunos oficiales arrancaban á los paisanos trigo ó ganado, no para alimentarse, lo cual es siempre una excusa entre gente de guerra, sino para revenderlo y proporcionarse así algún dinero. Asimismo se entregaban al contrabando de los géneros coloniales, dejando pasar recuas de mulas cargadas de tales mercancías, mediante un tributo, y hasta se propasaban á vender su libertad á los prisioneros españoles, consintiéndoles por dinero la fuga. Aunque poco severo, aflagióse extremadamente Massena al ver rebajada á tal punto la disciplina del ejército francés en comarca que tan fatal le era. Sólo una cosa halló inalterable en el rostro curtido de aquellos antiguos compañeros de armas, la marcialidad nunca ajada por el infortunio y con la que ni toda Europa reunida un día sobre París conseguiría dar al traste.

Independientemente de esta situación general del ejército cada cuerpo tenía sus miserias particulares. Prontos á operar inmediatamente no había en Castilla la Vieja más que el sexto cuerpo del mariscal Ney y el octavo del general Junot, y aun este último se había visto precisado á extenderse hasta León, es decir, á treinta ó cuarenta leguas de distancia. Quedado había el segundo cuerpo del general Reynier junto al Tajo, á la otra parte de la sierra de Guadarrama, y no debía juntarse al ejército de Portugal hasta dar cima á los sitios que tenía á cargo. Por tanto, la fuerza de estos cuerpos no era la que Napoleón había esperado y prometido; el del mariscal Ney que, luego de unirsele la división de Loisson, debía constar de treinta mil hombres, no pasaba de veinticinco ó veintiséis mil; tanto

disminuía el efectivo de los cuerpos la sola entrada en España. A la verdad, salvo los recién llegados con Loissón, se componía de soldados admirables, endurecidos en la fatiga, que habían figurado en Elchingen, Jena, Friedland, así como en todas las grandes jornadas de la guerra de España, prontos á acometerlo todo, entusiastas por su jefe, pero no obedeciendo más que á él de buen grado. El octavo cuerpo, que en el principio debió ascender á cuarenta mil hombres y á treinta mil luego, después de enviar á otros cuerpos destacamentos numerosos, no contaba más que de veinte á veintitín mil soldados.

Recientísimamente se le había disminuído una división para velar por las comunicaciones, providencia que hizo que el despecho del general Junot subiera de punto. Por lo que hace á este cuerpo, se hallaba formado completamente de reclutas, lo cual era una gran causa de debilidad, no para el combate, sino para la resistencia á las fatigas. Llegados en parte los terceros y cuartos escuadrones de dragones y unidos, después de muchos trabajos de conjunto, á los escuadrones primeros y segundos, proporcionaban al general Montbrún una reserva de cuatro mil excelentes jinetes, lo cual elevaba á cincuenta y uno ó cincuenta y dos mil hombres el ejército del mariscal Massena dispuesto á operar inmediatamente, bien que le debiera aumentar el segundo cuerpo destinado á unírsele más tarde. Éste, después de lo que había padecido á las órdenes del mariscal Soult en Portugal y más recientemente junto al Tajo, apenas contaba quince mil hombres, privados de sueldo hacía muchos meses, casi desnudos, pero tan briosos y aguerridos como los del mariscal Ney, y prontos, aunque descontentos, á llevar á cabo lo más difícil en materia de operaciones de guerra. Llamando, pues, cerca de sí á Reynier podía contar el general en jefe con sesenta y seis mil soldados á lo sumo; pero las enfermedades del verano, los sitios que se iban á emprender, las guarniciones que sería forzoso dejar en las plazas conquistadas, debían mermar la total fuerza en quince ó diez y seis mil hombres y reducir el ejército de Portugal á cincuenta mil combatientes. Ya la guardia imperial era llegada á Burgos, pero queriéndosela reservar Napoleón por si iba personalmente á España, vedó moverla de allí á no haber una necesidad apremiante. Quedaba el cuerpo del general Drouet, compuesto de las dos antiguas divisiones de Oudinot, calculado primero en treinta y cinco mil hombres, conteniendo diez y ocho mil solamente, y que aún se ocupaba en rehacerse sobre las costas de Bretaña. De consiguiente, Massena sólo tenía á su disposición los cuerpos de Ney y Junot por el momento y el de Reynier cuando atravesara la frontera de Portugal; pero en ningún caso podía reunir más de cincuenta mil hombres, dado que la llegada de las tropas de Reynier sería apenas compensación bastante de las pérdidas que resultarían de los sitios, de las guarniciones y de la estación. A vista de cuanto acababa de descubrir sobre el mismo terreno, inferioridad de número, falta de material, mal espíritu de los jefes, destrucción de la disciplina, Massena columbró grandes infortunios, y escribió á Napoleón cartas tristes, mas profundamente sensatas, y tales, en fin, como correspondía que las escribiera uno de los hombres de guerra más perspicaces

y más experimentados de este siglo. Dijo la verdad sin debilitarla ni exagerarla, y reclamó todo lo que hacía falta, no afirmando el buen éxito ni aun cuando se le remitiera todo lo que pedía: tan difícil consideraba hacer la guerra, no contra los portugueses y los ingleses, sino contra el suelo, el clima, la esterilidad de Portugal. Viejo, fatigado y desprovisto de ilusiones, se puso á la obra con más aplicación que había acreditado en ninguna época de su vida.

Se le había dado un intendente de su elección, el comisionado en jefe Lambert; un oficial de artillería consumado, el general Eblé; un buen oficial de ingenieros, el general Lazowski, y por último, un jefe de estado mayor que le era devoto y que tenía juicio, exactitud, denuedo, el general Fririón. Ayudado por estos colaboradores y por el general Thiebault, gobernador de Salamanca, dedicóse á crear lo no existente y á reparar lo destruído. Para lograrlo empezó por hacer que ingresaran en la caja central del ejército las contribuciones que cada cuerpo había impuesto para su uso en las provincias que ocupaba. No dejaron los jefes de oponer resistencia, pero exigiólo Massena y lo obtuvo. Con instancia pidió que de París se le enviaran algunos fondos para pagar el sueldo atrasado, y luego con los recursos que se había proporcionado esmeróse en formar almacenes generales en Salamanca. Atrajo allí las mulas que se habían comprado en el Mediodía de Francia para las necesidades del ejército de Portugal; hizo montar cuanta artillería de grueso calibre pudo reunir sobre cureñas de sitio, aceleró su transporte hacia Ciudad Rodrigo, y agregó los útiles y las municiones con que pudo cargar los camiones. Ciudad Rodrigo, distante tres ó cuatro marchas de Salamanca, está situada en una llanura árida, desierta, de veinte ó treinta leguas de anchura, adonde era indispensable llevarlo consigo todo, pues apenas había ni aun verde para los caballos. Massena hizo llevar cuanto pudo á fin de proveer á la subsistencia de los soldados que allí iban á reunirse. Estos soldados eran los del mariscal Ney, y mandóles Massena que se aproximaran á la plaza, que construyeran hornos, barracas para los víveres y municiones y que formaran en suma el establecimiento necesario para un asedio. Como podía acontecer que los ingleses, encaminados de la Extremadura española al Norte de Portugal, después de nuestra entrada en Andalucía, probaran á interrumpir nuestras operaciones, dispuso que el general Junot dejara á León y Benavente y se situara entre Ledesma y Zamora, á fin de poderse concentrar sobre la derecha del mariscal Ney en caso necesario. Gracias á estas órdenes, á cuya ejecución atendía Massena con una vigilancia que no solía, comenzó á reunir en Salamanca el material considerable, y á concentrar en torno de Ciudad Rodrigo parte de lo que requería un grande asedio. Por desgracia el camino entre Ciudad Rodrigo y Salamanca, casi intransitable de resultas de acarreo muy numerosos, hallábase además infestado por los guerrilleros, que osaban mostrarse á pesar de la presencia continua de nuestras tropas y que frecuentemente lograban producir importunas perturbaciones. Así el mariscal Massena no dejó de escribir á París con objeto de que se acelerara el pronto arribo del cuerpo del general Drouet, afirmando que, tan luego como se moviera hacia Portugal,

quedarían sus comunicaciones interceptadas si no se destinaban numerosas fuerzas para cubrirlas.

Mientras se iba á empezar así la nueva campaña contra Portugal por el sitio de Ciudad Rodrigo, suscitóse la primera cuestión entre Massena y sus lugartenientes. Hallábanse los ingleses situados en Viseo, á tres jornadas de la frontera: se calculaba muy variamente el número de sus soldados, haciéndolo subir de veinte á cuarenta mil hombres, porque se confundía á ingleses y á portugueses, pero nadie atribuía más de veinticuatro mil á los primeros. Esta proximidad hacía fermentar el fogoso valor de Ney: le parecía muy largo, muy fastidioso ejecutar dos sitios como los de Ciudad Rodrigo y Almeida, agotar así contra murallas el noble ardor de sus soldados para alcanzar un mediano fruto, el de poseer plazas que sin duda fueran un estorbo menos en el camino de Portugal, pero que no serían de grande ayuda en la guerra de partidas con que estaban amenazados á la espalda. Por el contrario, discurría que, marchando contra los ingleses en derechura, yendo á atacarlos de improviso con los cuerpos sexto y octavo, con la caballería de Montbrún, esto es, con cerca de cincuenta mil hombres, había gran probabilidad de batirlos y quizá de ver de resultas caer por sí mismas todas las plazas, con lo que desde los primeros instantes casi se había logrado el objeto de la guerra.

Ney propuso esta manera de operar al general en jefe, la sostuvo con el calor que le era propio, y al mismo tiempo escribió al general Junot para sugerírsela de igual modo y para que, acordes de pareceres, hicieran los dos cierta especie de violencia á Massena. Tan eficaces eran las cartas de Ney á Junot y proposiciones contenían tan opuestas á la sumisión de un lugarteniente, que se podía considerar como terminante la violación de la disciplina. No faltaba más que el escándalo, pues dichosamente eran secretas aquellas cartas. El impetuoso Junot unió sus instancias á las de Ney, como que participaba de su impaciencia, bien que nada obtuvo de la firmeza del general en jefe. Éste, por una singularidad de situación, estaba reducido á resistir á sus lugartenientes, opinando lo propio que ellos, pues gustaba más de batallas que de sitios, como que tenía el genio de las unas y muy poca paciencia para los otros; pero las órdenes de Napoleón eran formales, y antes de ninguna operación ofensiva le obligaban á tomar las plazas de Ciudad Rodrigo y Almeida, tiempos antes construídas una contra otra, hoy dirigidas ambas contra nosotros; á no avanzar á Portugal hasta el fin de los grandes calores y á reunir un convoy para alimentar al ejército por espacio de quince ó veinte días. Ante instrucciones tan precisas no cabían vacilaciones, pensárase lo que se pensara, y no había más que seguir la voluntad de un señor absoluto y sin par en las lucas. Massena respondió á sus lugartenientes comunicándoles las instrucciones de París recibidas, y éstos, lejos de tener la buena fe de atribuir á Napoleón el plan que iba á ser ejecutado, divulgaron en sus dos cuerpos de tropas ser Massena quien, en vez de una campaña activa y decisiva, prefería asedios mortíferos y fatigosos, y que evidentemente había ya envejecido y era otro hombre. Estos decires propalados por todas partes fueron el primer escándalo que desdeñó Massena, aun cuando al saberlo no pudo menos de resentirse vivamente.

A todo esto unos y otros erraban en no ejecutar las órdenes de Napoleón más que constreñidos y forzados. Sin duda que si el general inglés mostrara propósito de aguardarles en Viseo, no debieran vacilar en correr en su busca, por ser de inmensas consecuencias batirle al principio de la campaña, y además víveres para algunos días llevados á cuestas por los soldados fueran suficientes para una operación á tan corta distancia. Pero el general inglés no era hombre para conducirse al capricho de sus adversarios: no los hubiera aguardado en Viseo: se retirara al acercarnos, como lo efectuó pronto; se hiciera seguir por nuestros bizarros soldados, jadeantes de sed y moribundos de hambre, y luego se abrigara tras de las obras de Lisboa, ó se detuviera en terreno bien elegido donde nos fuera imposible batirle y de donde necesitáramos retroceder sin un pedazo de pan y teniendo dos plazas enemigas á la espalda. Evidentemente era más prudente, mejor calculado, más digno en todos conceptos de la alta sagacidad de Napoleón el plan de diferir tal operación hasta que el material estuviera junto, hasta que, llevando víveres, se pudiera seguir al enemigo por todas partes, de aguardar así el fin de los grandes calores y de desembarazarse entretanto de dos plazas muy peligrosas para dejadas á la espalda. Aunque Napoleón se engañara á veces en esta guerra, por no ver de cerca las cosas, ahora tenía plena razón contra sus lugartenientes.

A mayor abundamiento los designios del general inglés eran la más completa justificación de sus miras. Sir Arturo Wellesley había adquirido con el gobierno y aun con el público de Inglaterra gran crédito de resultas de sus últimas operaciones. Desde la retirada precipitada del general Moore, que pudo ser tan desastrosa, se estremecían los ingleses de continuo de ver lanzados al mar sus soldados, y sólo temblando les dejaban en el territorio de la península. Sin embargo, viendo á su nuevo general Arturo Wellesley que, lejos de ser de allí expulsado, expulsaba al mariscal Soult de Portugal, y luego se atrevía á ir por el Tajo hasta Talavera para dar á las puertas de Madrid una batalla, y se retiraba después muy tranquilamente á Extremadura delante de los ejércitos franceses reunidos, empezaron á cobrar confianza y colmaron á Arturo Wellesley con aquellos inauditos honores que en nuestro siglo han ensalzado tanto á este general como á la nación que le testificaba un agradecimiento tan justo. Le acababan de conferir el título de lord Wellington, recompensas pecuniarias de monta, y para obviarle más todo, se había enviado á Enrique Wellesley, hermano suyo, cerca de la Junta central en calidad de embajador de la Gran Bretaña. Su otro hermano, el marqués de Wellesley, era, como se ha visto, ministro de Relaciones exteriores. No podía ser más considerado ni tener más firme apoyo en Inglaterra. Con todo, ni los servicios ya prestados á su país ni la gran reputación que empezaba á ganar le ponían á cubierto de los ataques de la oposición, que anhelaba la paz, ni de las objeciones del gobierno, que no cesaba de temer un desastre. Así el gobierno británico mantenía á gran costa en las bocas del Tajo una inmensa escuadra, á fin de que estuviera siempre en aptitud de recoger su ejército en el caso de ser batido. La paz de Francia con Austria acrecentaba su zozobra, pues discurría ser imposible que Napoleón no dirigiera pronto